

Amarga compañera

Nicolás García



Capítulo 1

La muerte no es el tipo de cosa por la que un chico de 9 años se deba preocupar. Por eso Joaquín había tomado con relativa calma la enfermedad de su madre. Al principio lo había asustado, por supuesto, pero tras ser reasegurado por su padre de que todo iba a estar bien, de que se iba a poner mejor, se le pasó el susto y siguió con su vida normal. Concentrado en el colegio, en sus compañeros, en los dibujitos. Como tiene que ser. Pero a veces las cosas no son como tienen que ser. Un día Joaquín salía del colegio y vio, en la vereda de en frente, a su padre. Le pareció raro ya que a esa hora papá trabajaba y la que lo iba a buscar era la abuela. Cruzó la calle y pronto se le reveló la razón por la que estaba ahí su padre. Tenía que ser él el que le dijera lo que había pasado. Joaquín se puso a llorar, pero rechazó el abrazo consolador de su padre. Estaba enojado. ¿Por qué le había mentado? ¿Por qué le había dicho que se iba a poner bien?

El sacerdote hablaba, pero Joaquín no escuchaba nada de lo que decía. Tenía la mirada y la atención fijas en una sola cosa: su madre. Pero no, no en su madre. Porque eso que estaba ahí no era su madre. Tenía la cara de su madre, el pelo de su madre, el cuerpo de su madre, pero no era su madre. Su madre hablaba y reía y se enojaba y leía y estornudaba y hacía muchas otras cosas. Hasta cuando dormía estaba infinitamente llena de vida comparada con esa cosa. Esa cosa no hacía nada. No era nada. Entonces pasó lo inevitable. Todos sabemos, hasta cuando somos niños, que algún día vamos a morir. Pero también a todos nos llega un momento en el que realmente nos damos cuenta de lo que es la muerte, de su realidad terriblemente práctica y concreta. Este fue ese momento para Joaquín. De repente empezó a sentir que la atmósfera cambiaba, se volvía más fría. Una densa niebla se iba formando a su alrededor. Y de a poco, al lado del cajón donde yacía la cosa que no era su madre, aparecía una figura a través de la niebla. Joaquín la miró atemorizado. Era igual a como aparecía en las películas y en los dibujitos. Cubierta con una sucia y harapienta capa negra, con una capucha que no dejaba ver la cara, y sosteniendo una guadaña con sus dedos esqueléticos. La muerte no es el tipo de cosa por la que un chico de 9 años se deba preocupar, pero cuando la muerte lo mira a uno a la cara, es difícil no preocuparse, tenga uno la edad que tenga.

La muerte acompañó a Joaquín a todos lados durante todo ese día. Cuando llegó la hora de dormir, Joaquín pensó que por lo menos en ese momento lo dejaría tranquilo, que le concedería su descanso y reanudaría el acoso la mañana siguiente. Pero no. La muerte no duerme, y, esa noche, tampoco lo hizo Joaquín.

Envuelto en sábanas hasta el cuello, Joaquín temblaba tratando de no mirar hacia el pie de la cama, donde sabía que estaba parada la muerte,

observándolo. Pero por más que tratara, no podía evitar echarle rápidos vistazos, y con cada vistazo, su temblor se volvía más fuerte. Pero en un momento, Joaquín dejó de temblar, y su expresión fue pasando gradualmente de una de terror a una de odio. Ya no estaba aterrado, estaba furioso. ¿Quién se creía ese esqueleto encapuchado para meterse en su vida y no dejarlo dormir? ¿Qué derecho tenía? La ira vino acompañada de un arranque de valentía que permitió a Joaquín pararse de un salto sobre la cama y pasar rápidamente al otro extremo, quedando cara a cara con la muerte. En esos segundos que le tomó llegar a esa posición había pensado todo lo que le iba a decir, con voz fuerte, de hombre, no de niño, asegurándole que si no se iba ya mismo iba a sufrir las consecuencias. Pero todos sus planes de heroísmo fueron borrados al instante cuando vio por primera vez la cara de su enemigo. Al estar tan cerca podía ver dentro de la capucha, y lo que vio lo llenó de un terror mucho mayor al que había sentido antes. Hasta el día de hoy Joaquín no podría describir qué fue exactamente lo que vio. No era una calavera, o una cara horrible y demacrada, como uno se podría imaginar. Lo cierto es que no era una cara de ningún tipo. Era más bien como observar directamente el concepto abstracto de la muerte. Poniéndolo en palabras suena absurdo, pero la experiencia fue una que marcó completamente a Joaquín. En ese momento comprendió que era inútil tratar de hacerle frente a la muerte; que, hiciera lo que hiciera, ella estaría siempre ahí, inmutable, esperando pacientemente el momento de llevárselo. Habiendo entendido esto, Joaquín consideró de forma muy adulta aceptar la situación (o más bien resignarse a ella) e irse a dormir. Pero su verdadera reacción fue más propia de su edad: se puso a llorar.

A partir de ese día la muerte siguió a Joaquín a todos lados. Estuvo ahí el día de su comunión, el día de su décimo cumpleaños, el día en que empezó la secundaria, el día en que conoció a Luciana, el día en que se pusieron de novios, el día en que consumaron su relación, el día en que se fueron a vivir juntos, y el día en que se casaron. Con el tiempo Joaquín aprendió a acostumbrarse a la presencia de su amarga compañera, y lo que al principio había sido terror continuo, se fue transformando en un estado de depresión general con ocasionales ataques de pánico. Con esto Joaquín estaba satisfecho: era lo más cercano a la paz que conocía desde que había muerto su madre.

Joaquín se despertó, como era común, en el medio de la noche. Sabía que no iba a poder volver a dormirse por un rato, así que se sentó en la cama dispuesto a levantarse. Antes de hacerlo miró a su esposa, que dormía profundamente. Hacía tiempo que había dejado de despertarse junto con él, y de preguntarle por qué no se podía dormir. Mejor así, pensó Joaquín, ella no tenía por qué molestarse con sus problemas. Se bajó de la cama y se encontró de frente a su verdadera esposa. Porque si bien se casó con Luciana, era otra la que iba a estar con él para siempre. Nunca tuvo ilusiones de que su matrimonio con Luciana pudiera ser duradero. Siempre consideró que el divorcio era cuestión de tiempo. En algún

momento ella se cansaría de su insipidez, sus ataques de pánico, y su constante y agotadora melancolía. Se daría cuenta de que estar cerca de él era tóxico y lo dejaría. Pero la criatura que ahora estaba frente a él no iba a dejarlo nunca. No había nada que pudiera hacer que la molestara lo suficiente para dejarlo. Era la esposa más fiel que un hombre podría desear. El problema era que Joaquín no la deseaba en lo más mínimo.

La comparación mental que había hecho de la muerte con una esposa le hubiese resultado repugnante en unos segundos, si su pensamiento no hubiese sido interrumpido por una urgente necesidad de mear. Siempre le había resultado gracioso como podía estar inmerso en una serie de pensamientos existenciales que parecían ser lo único importante en el mundo hasta que se le presentaba alguna necesidad básica, ya sea tener que ir al baño o tener mucha hambre o mucho sueño. En ese momento todo se le borraba de la mente y lo único que importaba era satisfacer la necesidad. Al fin y al cabo, Joaquín era un animal que se la daba de filósofo.

Joaquín tocó el botón del inodoro. Ya estaba listo para volver a su sufrimiento tan inteligente y sobrio y solemne. Ese sufrimiento que el resto de la gente era demasiado estúpida para tener. Porque no se daban cuenta de que tenían una figura encapuchada siguiéndolos a todos lados. Ese era su único consuelo. Sufría, sí, pero por lo menos se podía decir a sí mismo que sufría porque era inteligente, realista, porque no se dejaba cegar por fantasías como las otras personas. Como consuelo dejaba bastante que desear, la verdad.

A la mañana siguiente, Luciana estaba acostada mirando la televisión. Esperaba, como todas las mañanas, a que Joaquín terminara de bañarse para poder hacerlo ella. Esta vez su espera terminó mucho antes de lo esperado (Joaquín siempre tardaba una eternidad en bañarse), cuando escuchó un grito seguido de pasos apresurados y respiración agitada. Otro de los ataques de pánico de Joaquín. Últimamente se habían hecho más frecuentes. Luciana se levantó de la cama sabiendo lo que seguía: le iba a decir a Joaquín, por enésima vez, que vaya a ver a un psicólogo. Y él respondería, por enésima vez, que no hacía falta. Y así fue. Joaquín, sentado en el piso del living en bolas y enjabonado, le aseguró a su esposa que no había sido nada, que no se hiciera problema.

Normalmente, Luciana hubiese aceptado la negativa y se hubiese callado hasta que todo el proceso se repitiera en algunos meses. Pero esta vez decidió que era su responsabilidad insistir. Joaquín tenía, claramente, un problema. Y ese problema estaba dañando su salud mental, y ahora estaba empezando a dañar la de ella. Así que insistió. E insistió. E insistió. Al final del día, Joaquín aceptó ver a un psicólogo sólo para que su mujer le deje de romper las pelotas.

Joaquín tocó el timbre. Séptimo B. Mientras esperaba que le bajaran a abrir se puso a pensar cómo sería esto de ir a un psicólogo. Se imaginó a sí mismo acostado en un diván, con un tipo con barba sentado atrás, interpretando sus sueños y diciéndole que todos sus problemas se debían a un deseo inconsciente de cogerse a su madre. En realidad, el hombre que le abrió la puerta no tenía barba, y, una vez en el consultorio, Joaquín no estuvo acostado, sino sentado. Y, sorprendentemente, nunca se mencionó nada que tenga que ver con deseos incestuosos reprimidos. En cambio, el psicólogo quiso saber sobre la infancia de Joaquín. "Tan cliché como lo de Edipo", pensó Joaquín. Pero por algo llegó a ser un cliché. Ahí estaba justamente el problema central de Joaquín: en su infancia, en aquel día que vio a la cosa que no era su madre. Le contó entonces al psicólogo sobre eso, y sobre cómo, desde ese día, lo había acompañado la muerte a todos lados, incluyendo ese consultorio en ese momento. Mientras hablaba, Joaquín sentía una especie de liberación. Nunca había hablado de esto con nadie, y hacerlo por primera vez se sentía como sacarse una mochila llena de ladrillos. Esto hizo que se sintiera esperanzado. Quizás esto del psicólogo podía rendir frutos después de todo, quizás terminaría yendo por propia voluntad y no sólo para satisfacer a Luciana. Esta esperanza se esfumó cuando, al final de la sesión, todo lo que dijo el psicólogo acerca del problema pudo ser resumido en "tratá de pensar en otra cosa".

Joaquín le dijo al psicólogo en las siguientes sesiones que estaba tratando de pensar en otra cosa, pero que no lo lograba. La verdad era que no estaba tratando para nada. Había rechazado la idea ni bien la había oído. Era absurda. "Pensar en otra cosa". ¿Cómo se podía pensar en otra cosa cuando uno tenía a la muerte en frente suyo en todo momento y en todo lugar?

El psicólogo era tan terco como Joaquín. Insistió con la misma idea. Quizás terco no sea la palabra. Quizás sea ineficiente, o desinteresado. Porque llegó un momento en el que se dio cuenta (por fin) de que esa forma de encarar el problema no iba a funcionar y, en vez de tratar de ahondar en el tema para encontrar una alternativa, sugirió que Joaquín vea a un psiquiatra. Ante la pregunta de Joaquín de si debería (lo veía como un deber) seguir viéndolo, contestó que eso dependía de él. Ya que sabía perfectamente que Joaquín, teniendo la libertad de elegir, elegiría no ir más, se puede decir sin ningún problema que el psicólogo se lo sacó de encima. Más tarde se preguntaría por qué había elegido dedicarse a la psicología en un primer lugar, pero eso no viene al caso.

La visita de Joaquín al psiquiatra le resultó mucho más agradable. Apenas tuvo que hablar, y el psiquiatra no dijo ninguna pelotudez sobre pensar en otra cosa, sino que se limitó a escuchar y a asentir con la cabeza. Después de unos dos minutos de eso le hizo recetas para tres medicamentos y ahí terminó todo. Joaquín salió contento, no porque creyera que los medicamentos en verdad lo fueran a ayudar, sino porque estaba en

camino a terminar todo este asunto de que su esposa le exigiera que trate de mejorar. Tomaría los medicamentos por un tiempo, no le harían nada, y así se terminaría la discusión. Luciana se daría cuenta de que todo era inútil y volvería a la resignación de siempre. Eso fue lo que Joaquín se dijo a sí mismo mientras iba a su casa, pero al estar sentado esa noche a punto de tomar por primera vez los medicamentos, no pudo evitar sentir un atisbo de esperanza. Quizás esto sí funcionara. Quizás la respuesta a su problema estuviera en esas pastillas. Después de todo, esto tenía mucho más sentido que la terapia. Era más científico. Algo estaba mal en su cabeza y las drogas podían arreglarlo. La esperanza no era algo que Joaquín experimentara muy seguido, por eso, cuando se le presentaba, seguía uno de dos caminos: desconfiaba de la sensación desconocida y la rechazaba, como había hecho con el psicólogo, o se aferraba a ella como si fuera la segura fuente de salvación. Este segundo camino fue el que siguió en esta ocasión. Se convenció a sí mismo de que los medicamentos iban a ser la solución de su problema, y que sólo era cuestión de tiempo que se librara finalmente de la criatura que lo acosaba.

Además de la esperanza, otra cualidad con la que Joaquín no era familiar era la paciencia. Por eso, después de algunas semanas de no sentir ningún efecto, llegó a la conclusión, completamente lógica para él, de que los conceptos de psiquiatría y psicofarmacología eran crueles mentiras inventadas, como tantas otras cosas, para sacarle dinero a gente desesperada. Después de todo, si no fuera así, los medicamentos ya tendrían que haber arreglado su vida por completo después de cuatro semanas de tomarlos. Cuando esto no ocurrió, Joaquín se sintió traicionado. Por el psiquiatra, que le dio los medicamentos que no hacían nada, por el psicólogo, que lo mandó al psiquiatra, y por su mujer, que lo mandó al psicólogo, metiéndolo en este camino de falsas esperanzas en el que estaba.

Y ya que mencionamos a su mujer, hablemos un poco más de ella. Joaquín no es el único protagonista de esta historia, y, por momentos, tampoco era el único que pensaba que la separación era inevitable. Luciana se preguntaba, de forma cada vez más frecuente, por qué se había casado con Joaquín, y su repertorio de respuestas a esa pregunta disminuía cada vez más. Estaba cansada. Cansada de querer ayudarlo y que él la rechazase. Cansada de que no le dijera qué era lo que lo atormentaba. Cansada de que no le prestara atención cuando le decía que tenía que ver a un psicólogo. Un poco de esperanza apareció cuando finalmente aceptó ir, pero esa esperanza se esfumó con la actitud (previsible) que tomó Joaquín respecto al psicólogo. "No sirve para nada", "Es un pelotudo", "Dice siempre las mismas boludeces", etc. No ponía ni un poco de voluntad para que la terapia funcione. Lo mismo cuando empezó a tomar los medicamentos. "No hacen nada", "Me siento igual", "Me siento peor", "Remedios del orto y la puta que los parió". Era inútil explicarle que no le iban a solucionar todos los problemas instantáneamente, había decidido que nada podía ayudarlo. Y entonces

Luciana se volvía a hacer la pregunta. Por qué. Por qué se había casado con este hombre. Trató de recordar qué era lo que tanto la había atraído de Joaquín, lo que la había hecho quedarse con él a pesar de que muchas veces pareciera que a él ni le importaba. No pudo.

Joaquín permanecía sentado con la mirada perdida mientras Luciana hablaba. Las palabras le llegaban, pero no las registraba completamente. Escuchó muchas veces la frase "no tiene sentido", y pudo entender algo sobre alguna cosa, no sabía qué, que antes había estado y ya no estaba. O algo así. Si bien los detalles de lo que decía Luciana no pasaron ni por un segundo por la mente de Joaquín, el concepto general se le plantó en el cerebro, firme e inamovible, ni bien había empezado a hablar. Comprendía perfectamente: lo estaba dejando.

Cuando Luciana cerró la puerta detrás suyo Joaquín seguía sentado sin reaccionar. No reaccionaba porque estaba confundido. Lo que lo confundía era que, aparentemente, lo que acababa de pasar lo afectaba de una manera en que no lo tendría que afectar. Él sabía que ese día iba a llegar, y, sí había algo que sentir al respecto, tendría que ser liberación, alivio. Es más, si había lugar en su mente para sentir algo parecido a la felicidad, se tendría que haber sentido feliz por ella, que finalmente se había librado de él. Pero estaba sintiendo algo completamente diferente. Si lo que hubiese sentido fuese tristeza no se hubiese alarmado en lo más mínimo. Siempre estaba triste. No sería nada raro que a su melancolía de siempre se le agregase un poco de tristeza proveniente de otro lado. Pero tristeza no era lo que sentía. Se sentía enojado, con su mujer y consigo mismo. Quería correr tras ella para cagarla a puteadas y rogarle que no se fuera. Sentía cosas que no había sentido nunca. Cosas que no tenía que sentir. Una pequeña porción rebelde de su mente se atrevió a pensar que, por primera vez, se sentía enamorado de su esposa. Cuando apareció este pensamiento hereje, Joaquín se volvió violentamente hacia donde estaba la muerte. Estaba indignado. Después de tantos años de compartir la vida con ese monstruo, Joaquín suponía que había una especie de acuerdo tácito entre ellos que evitaba que estas cosas pasaran. Así como la presencia de la muerte evitaba que las cosas lo afecten para bien, también tendría que evitar que lo afecten para mal. Ese era el trato, que no haya lugar en la cabeza de Joaquín para nada más que la muerte. Pero el trato se estaba rompiendo. La muerte se había hecho a un lado para que pueda ocupar un espacio una sensación nueva, horrible, y por eso Joaquín estaba furioso. Se plantó frente a la traidora y exigió explicaciones. Gritó, insultó, y en un momento hasta lloró, algo que no había hecho hacía muchos años. La muerte no reaccionó a nada de esto. Se quedó ahí parada. Aunque no estaba haciendo nada, Joaquín sentía que se estaba burlando de él, y si le hubiese podido ver la cara (si es que la tenía), tal vez hubiese alcanzado a divisar una sonrisa.

En los días que siguieron Joaquín se sintió perdido, confundido, lastimando, y sobre todo, engañado. Hizo algunos intentos más de

obtener una respuesta de quien lo había engañado, pero todos fueron en vano. Finalmente, Joaquín trató de resignarse. Trató, pero no pudo. Esa extraña emoción nueva que lo había atacado en el instante en que Luciana se fue, lo seguía molestando ahora. Lo impulsaba a salir de su casa, a dejar de lado a la esposa que lo atormentaba e ir a buscar a la que lo amaba. Pero esto significaba actuar, levantarse de la cama, salir de su casa, abandonar la monotonía en la que se había refugiado durante toda su vida.

Joaquín no sabía qué lo aterraba más, perder a Luciana o tratar de recuperarla. Debatió consigo mismo por un largo rato hasta que, en un momento, se vio a sí mismo levantarse y caminar hacia la puerta. Era extraño, no había tomado ninguna decisión, el debate no había terminado, y sin embargo se dirigió a buscar a Luciana con toda seguridad. Algo se había apoderado de él. Y, por primera vez, ese algo no era la muerte.

Joaquín tocó el timbre de la casa en donde suponía estaba Luciana. Se sintió estúpido, tendría que haberla llamado antes. La puerta se abrió y la madre de Luciana lo recibió con una mirada que pretendía ser hiriente, pero que Joaquín ni siquiera registró. La mujer empezó a hablar, seguramente diciendo que Luciana no estaba o que no quería verlo, pero Joaquín no la escuchó, porque vio que detrás de ella se asomaba Luciana. Ésta, yendo contra su propio instinto, dejó pasar a Joaquín.

Lo que Joaquín y Luciana se dijeron en las dos horas que pasaron es asunto de ellos. Lo cierto es que al final de estas dos horas ambos se secaban lágrimas de alegría. Joaquín salió de la casa y empezó a caminar sin prestarle atención a su acompañante de siempre. Si le hubiese podido (o querido) ver la cara, tal vez hubiese alcanzado a divisar una mueca de terror.